

## Mi abuelo Bundy

Un viejo recontra chafa y desagradable resultó mi abuelo. No revelaré su nombre ni el domicilio, porque no deseo turbas ni congregaciones religiosas ni grupos ultrafeministas arrojando piedras, ofensas y huevos, y alzando pancartas contra él.

Le suelo decir Bundy, en referencia a uno de los más despiadados asesinos y violadores de la historia norteamericana. Ofrezco mis disculpas por la comparación, sé que exagero. Y no crean que acabo de asegurar que mi abuelo es de esos desgraciados, pero va por ahí. O al menos representa el inicio de ese tipo de gente que ya empieza a tener indicios del peligro que pueden generar aquí, precisamente aquí en esta ciudad de cucufatos, en esta verruga del Perú, en esta esquinita del país.

Esta situación ha existido desde siempre. Recuerdo que, de chibolo, más o menos a los once, había escuchado una queja sobre ese actuar. Una señora, la doña Rivas, la doña de unos pechos morrocotudos, le dijo en su cara y frente al bigote: «Será anciano, pero no crea que le tendré pena la próxima

vez y no vuelva a dirigirme la palabra. Aparte que huele como uno, para mí, usted es un cadáver».

Sí, mi abuelo Bundy ya olía mal desde antes, a pesar que lo vi dándose mil duchas y todo, pero a mi entender era el presagio de lo que en la actualidad es: un vejete con las axilas hediondas, los rincones sucios y los huevos podridos.

Aparte del asunto de doña Rivas, tiempo después, en una de esas tardes friolentas, al regresar inesperadamente de un trabajo del colegio, encontré a mi abuelo Bundy, en media sala, cogido de la mano de la señorita X. La señorita X tenía trece años, y sentí temor por ella. No el miedo común de saber una realidad que descompagina el corazón y le pone a brincar y te tiene asustado una semana. No. Era el temor de descubrir algo que podría incomodar a mi familia para siempre, lo que pondría al corazón y a la conciencia alborotados de por vida. No es lo mismo conocer un secreto y tragártelo, que tragar una verdad amarga por la publicidad de las habladurías.

Reingresé a la sala, expuse mi aflicción en unos minutos, y mi abuelo Bundy se hizo el loco. Y así, sin más disimulo, me saludó, fue a la cocina y trajo una taza de azúcar para la señorita X. Por mi parte, no mencioné el asunto hasta hoy. Es que hoy, que ya me dispongo a cantar como el gallo del vecino que jode muy temprano, la situación se ha vuelto insostenible, demasiado vulgar y desagradable.

Sé que me dirán que tengo doble moral y soy hipócrita. Y ¿quién no? Dirán que mi lenguaje chabacano es de locos sin sentido. Que no debería juzgar si mis ideas son cínicas. Que yo mismo soy un sinvergüenza y lengua ligera. Que soy un lisuriento sin medida. Que no siento el dolor del insulto. Que soy un insensible. Que soy un desleal. Que me escudo en las palabras para no salir trasquilado o arrojado de cabeza al río Tumbes. Y vuelvo a preguntar, analizando la cuestión: y ¿quién no? Nos escondemos ante el juicio. Somos buenazos juzgando desde la ventana o de brazos cruzados. Somos una raza de opinólogos sin censura. Habladores. Zánganos. Chupamedias. Culebras. Pantallas «finas» que se rompen ni bien se los saca del confort. Somos gente que aparenta ser de bien, pero no reparamos en el derrumbe de nuestros hogares.

Hoy, mi abuelo Bundy, es un desadaptado, por decirlo de alguna forma generosa. Desde que lo regresaron mis tías de Argentina y se fueron sin despedirse, sin explicar el motivo de la devolución, Bundy ha mostrado el verdadero rostro de la barbaridad. No controla sus deseos ni reprueba el de nadie y, al parecer, ha perdido la cordura. Mi madre tiene que bañarlo y cambiarlo. Ya no razona, ni pide comida, se estaciona al igual que el clima de este año, frío y desteñido. Es un sátrapa en la casa y un degenerado en la vereda.

Mi abuelo Bundy se ha convertido en el inesperado centro de atención de esta parte de la ciudad. Mi madre tuvo que colocar una puerta de fierro para encerrarlo, para evitar los escapes ingeniosos. Bundy es un bravo, porque pese a estar suspendido en la silla de ruedas, las visitas a otras casas terminaban en gritos.

Y qué atrevimientos, qué *swing* le pone a sus frases, qué elegancia muestra su chispa. Ahí no acorta sus palabras, ni se olvida de los puntos seguidos, ni de las pausas ni de las comas. Las relame, las riega, cose y cose disparates, y no desvaría, no hay desvío mental, no hay mente atrofiada, ni gesto dañado. Bundy es la ley.

—¡Qué lindas piernitas tienes, mi amor! Bien redonditas. Quisiera ser ese *shorcito* para andar apretado junto a ti —le dijo a la señorita Semper, suavcito, convencido que aún podía enamorar. Tenía los ojos chiquitos, perfilados, sobre esas ojeras eternas, ojitos que delataban la arrechura de un galán de barrio.

La señorita Semper es una joven madre de familia, joven y guapa, y su casa queda a un par de casas de la nuestra. Hasta allá llevó su gracia mi abuelo Bundy. Hasta allá llevó su risa incompleta Bundy. Menos mal que la señorita Semper lo tomó como un viejo loco que no sabe lo que dice.

—Ma, escucha lo que dice el abuelo —habló fuerte la señorita Semper.

La señorita Semper, lo admitió después cuando fui a averiguar detalles sobre mi abuelo, quería avergonzarlo. La intención: humillarlo frente a todos, callar su ofensa de cavernícola.

—Eso era solo para ti, vecinita —dijo mi abuelo y se fue aturdido, con la ofensa instalada en la boca.

Pero ese no fue el primero ni el último ataque. Mi abuelo Bundy es de rápido olvidar, como todo el mundo —es que somos como los papeles desechables y cuadernos viejos, todos van al olvido—, volvió recargado. Consiguió la llave de la puerta de fierro, sufrió para buscar la manera de abrirla, se levantó apenas de la silla de ruedas, caminó como pudo, las piernas arqueadas, casi rengo, adolorido, recontra flaco y desviado por la edad, torcido por el peso de los años, aunque él no pasa de unos cuarenta kilos, en sandalias baratas, en bermudas, en vividí, sin calzoncillos —es que la pensión que recibe por servir cuarenta y cinco años a la policía, no le alcanza ni para pagarse uno—, atravesó las casas que le separaban de la señorita Semper, llegó a la puerta y, para su bendita suerte, encontró a una de las hermanas mayores, la señorita Prioritaria.

La señorita Prioritaria es conocida por su belleza de ébano, sus movimientos lujuriosos y por la candela que expulsa de la boca, por sus matices solapados que aparentan ternura pero que queman a quien se atreve a ofenderla, por su risa exagerada y por su hablar «refinado», sin ocultar las verdaderas

prioridades de la vida: el ironizar, burlarse, defenderse y gritar para sobrevivir. Yo mismo de chiquillo he visto como desprecia y despedaza a uno de sus pretendientes que llegó a su vereda a seducirla, a un tontonazo que le exigía escaparse de allí a un lugar más privado, sin ojos que estorben:

—Mira, mierda, si quieres tirar anda paga una p-u-t-a. Y si te parece que soy una, sé con quién lo soy. A mí cualquiera no me enamora. Primero tienen que llegar a mi casa, tratar a mi familia como debe ser, respetar. No soy para cualquiera, que te quede claro, *hijoeputa*.

Y ahí nomás de corrido, no sé si fue ese mismo año o después, pude chequear como desconectó de este universo a un patán que vivía ahí, a un mujeriego que era marido de su hermana Reposada. El muy patán, como no veía hombre quien defienda en casa, se puso a *gomear*, a patear y a tratar como muñeco de Año Nuevo a su mujer, y a desmoralizar a gritos a la mamá y a las otras hermanas, las que no se atrevían a acercarse a la habitación. Y tan brutal resultó la golpiza, que Reposada estaba en el suelo sangrando junto a su bebé. Y tan grande era la trifulca que nadie, absolutamente nadie, se perdió la entrada triunfal de Prioritaria, que volvía de la escuela nocturna, el derrumbe de la puerta de la habitación de un patadón de karateca, y la discusión que, lo juro, se podría escuchar hasta el otro lado del

río Tumbes. La discusión que se generó tenía más o menos este ritmo:

—Mira, huevón, te largas o te saco arrastrando de los pendejos.

—No te creo capaz, negra.

—Conchetu..., mil veces malparido, es la última advertencia. ¡La última advertencia! ¡Lárgate, desgraciado!

La risa del conchudo parecía la del Joker.

—¡Qué pues me vas hacer, negra!

Él seguía con el desparpajo y con el cuento mental que nadie podía ponerlo en su sitio.

—Cuento tres, hago espacio, y te me vas, ¡en *one*! Otra vez la risa del Joker.

—Uno...

La risa del Joker al cuadrado.

—Dos...

La risa cósmica en ecos de una caverna demoniaca. Prioritaria no acabó de decir el tres y ya tenía una escoba en la mano, pero compadecida por su sobrino, le advirtió:

—Antes que haga una burrada de la que me arrepienta... ¡Desaparece!

Pero el locazo de cuñado seguía en su talán de cuaternario, en su idea machista de que un hombre, por la fuerza que tiene, es intocable.

—Negra, negra, negrita. ¡Negra de miércoles! No te metas en mis problemas. Mírate, ¿qué me vas

hacer? Tu cara de machona no me asusta, no vales ni...

Lo siguiente que recuerdo es inolvidable, es la risa que se generó a la salida del marido. Le desconectó del universo, le convirtió en el chiste eterno del país —salió hasta en el noticiero, solo que esto ya se olvidó—. La señorita Prioritaria hizo respetar la casa de su familia, le metió la escoba en el punto exacto donde acaba la masculinidad. Así en ese estado de desesperanza, aullando, pidiendo por su madre, que nadie sabía si tenía, salió ensartado como anticucho, con Prioritaria impulsando el dolor.

—Ahora, pues, por retarme, por retarme, grita todo lo que quieras... Responde: ¿quién es el maricón? —dijo Prioritaria.

Con tremenda mujer, con un currículum envidiable de respeto y autoridad, en un enterizo a rayas y ajustado hasta la mitad de las piernas, que estaba abanicándose el calor agonizante de las cinco, se encontró mi abuelo Bundy en la puerta de esa familia de mujeres guapas. Cualquiera pensaría que daría media vuelta o seguiría su camino con disimulo, por temor o por cualquier motivo que se le ocurra decir para esquivar a Prioritaria, pero no. Mi abuelo Bundy es incorregible. Bundy es bacán.

—Señorita, qué bonita.

—Mira el abuelo, dice.

Prioritaria tomó la iniciativa como de quien viene, un anciano que podría ser su abuelito. Ella había



estado el día de la burla de su hermana Semper. Sabía de las andanzas legendarias de Bundy, pero cosas del pasado, ella las pisoteaba, las escupía y seguía el curso de la vida. Como no lo corregían, Bundy siguió en el tanteo de una posible víctima.

—Esas piernitas, señorita —susurró, misterioso—, están bonitas.

Prioritaria se vaciló. Mi abuelo Bundy supuso que eso era congeniar, seguro había olvidado lo que era cortejar. Desde mi abuela finada no había tenido otra conviviente, solo una mujer que le quitaba el dinero, que aparecía una vez al mes para llevarlo a cobrar la «famosa» pensión de jubilado.

—¡Qué linditas están tus piernitas, vecinita! —su voz buscaba complicidad.

Prioritaria siguió abanicándose, riéndose despejada, esperaba que el abuelo Bundy se cansara, se fuera sin decir más, pero Bundy, el terco y loco Bundy, como es conocido hoy en día, siguió en su salsa, ya había soplado el trombón, golpeado los timbales, y se disponía a tocar a profundidad el piano, crear la armonía perfecta para una noche romántica que de seguro no había tenido en siglos, cuando fue cortado de raíz. Bundy pasó el índice por la pierna de Prioritaria. Y ella, escandalizada y amable, le soltó lo siguiente: «Abuelo, qué pues quieres, ni pararte puedes». Hasta ese instante, Bundy creyó que la discreción era un indicio de complicidad, prosiguió con su lucha, continuó con su ritmo sandunguero:

—Acaso con eso nomás se hace, la lengua y los dedos tienen otras funciones —dijo el muy zamarro, y sacó a relucir la sonrisa que mostraba su lado inhumano, su aliento asfixiante, su identidad de viejo meloso.

Prioritaria volvió a reírse, le encantaba escuchar las ocurrencias de los canallas. Quería constatar qué tanto encerraba la verdad sobre el rumor de los encuentros de Bundy con doña Miriada, aquella mujer que vivía a unas cuerdas a espaldas de su casa y que lo visitaba una vez al mes.

—¿Y dónde queda Miriada? —preguntó Prioritaria.

—Lindas están tus piernitas —observó mi abuelo Bundy, ese era su interés primordial.

—Contesta pues, abuelo. ¿Miriada?

—No la conozco... Tus piernitas me gustan, vecinita —contrató Bundy.

Entonces Prioritaria le soltó el agravio que le espantó y le hizo arrancar en primera.

—Eres un triste huevón. Yo sé lo que pasa, ¡Miriada te quita tu plata solo por hacerte oler! — le gritó, y soltó la risa aguerrida que anunciaba su éxito.

En efecto, Miriada venía a mi casa hasta hace poco, cuando regresó mi abuelo Bundy de Argentina, y dejó de venir porque se había vuelto intratable, un loco enfermo, incapaz de razonar a las cosas cotidianas, un loco que solo pensaba en el sexo, en

la calidad de las piernas y en las cualidades de las mujeres para amar en privado. Puedo asegurar que la señorita Prioritaria tiene razón. Estos ojitos que miran lo que le conviene, pudieron ver a la señora Miriada parada de espaldas frente a él, en su cama, mientras mi abuelo Bundy opinaba sobre el olor cautivo que le hacía muy feliz.

De cierta manera, mi abuelo Bundy se ha ganado la fama de cavernícola disfrazado de simpatía. El anciano decrepito no respeta nada, ni a mi hermana de veinte años. Desde que lo devolvieron envuelto en pañales y en papel de regalo de Argentina, pensé que iba volver un *che* de genio insuperable, sin embargo lo que devolvieron fue un *chesumare* de genio idiota. Desde la silla de ruedas gobierna el mundo y se deslengua en todas las formas posibles para alagar sin titubeos a cualquiera que pasa por la vereda. Con el paso de los meses se deteriora más, y sus gestos, acciones y «canciones» le dan crédito a un incipiente y ruin viejo que tiene como mejor arma comparar las comidas o frutas con alguna parte del cuerpo. Frases como: «Qué buen tamal». «Qué rica jamonada». «Excelentes mandarinas». «Tremendos limones» y «Grandes melones», son la genialidad grotesca que en un principio varios muchachos lo copiaban y lo tomaban a la ligera, se reían y le seguían la travesura. Pero, después de notar que ofendía a todas, a sus hermanas, primas, tías y cuñadas, empezaron a torcerle la boca y a intentar ignorarlo, sin comprender que la

ignorancia lo hacía poderoso. Bundy suele confundir el silencio con la aceptación. El hecho de que no le digan nada, ni le reclamen, le ha puesto en un trono de mandamás y figura importante de la seducción.

Qué equivocado está Bundy. Yo me sigo preguntando qué habrá pasado en Argentina. Se fue a inicios del año pasado. Feliz de viajar al fin a ver a mis tías, salió caminando apenas, con cierta firmeza, pero sonriente. Infiero que pudo haberse ganado pleitos, porque los argentinos no aguantan atrevidos ni maleducados, ni rufianes de la palabra. Lo infiero por la discusión que se dio en la cocina el día que lo devolvieron, seis meses después, en silla de ruedas, sin explicaciones, como una momia petrificada, sin voz, ni queja. Lo sé por la incomodidad que tenía su lenguaje peruano-argentino y por la visita de doctor. «El vuelo es en la madrugada. Dormiremos en el hotel, cerca al aeropuerto», se justificó una de mis tías. Ni siquiera por cordialidad se quedaron a conversar y recordar viejos tiempos. Ni me dijeron nada, solo me regalaron una sonrisa hipócrita como quien dice: «Hola, pibe. El bulto es para vos».

El día que lo devolvieron, mis tías tuvieron que pedir apoyo a los vecinos para cargarlo como a un bebé y acomodarlo en su silla. Pensé: «Pobre abuelo». Tuve compasión, me apiadé, pedí a Dios por su recuperación. Pero en un descuido, ya guiñaba a las mujeres que lo observaban de pena. Y en el instante que mis tías se despedían de él y subían a un

auto que les vino a recoger para llevarlas a su hotel, con cierto recelo y remordimiento, en la puerta de la casa, empezó de nuevo con las andanzas.

Ahora no sabemos qué decisión tomar. Hacemos de todo para hacerle comprender que sus actitudes se han pasado de la raya, que sus acciones y gestos son desagradables, pero nada, no le interesa. En esos momentos que debería prestar atención e intentar cambiar, se desatiende de la realidad, y un clima de vagancia y un vacío mortal rodea la casa. Mi hermana creyó en él. Muy asustada lo socorrió. Bundy estaba nulo, miraba el vacío, los ojos estables, sin pestañeo, la delgadez y palidez le indicaban que el abuelo había muerto. Acudió a tocarlo, a sentir si en ese cuerpo aún había pulso —ella estudia enfermería—. Pero, como dije, Bundy se la sabe todas, se las ingenia para manosear, debió ser actor. En el instante que mi hermana tocaba el pulso, la otra mano de Bundy se despachaba a gusto y regusto de la juventud de mi hermana, de su nieta.

Por supuesto, acudió a mi mamá llevando la queja, casi en llanto. Mi hermana no soporta a los igualados, repudia a los piropeadores de las calles, a los inmundos que no respetan el vestir decidido y a las mujeres voluptuosas, y por el cariño que le tenía, no hizo el escándalo que debió hacer. Pero le advirtió: «Una más y le daré un lapo». En concreto, el lapo se llegó a dar unos días después, porque el silencio le dio pie a seguir en el intento de seducirla.

Esa seducción que se ha vuelto obscena, descarada, irritable: «Ven, mami, qué rico culantro». No quiero usar la palabra exacta, pues al hablar de mi hermana, a quien respeto y admiro, me repulsa.

Al abuelo Bundy no se le puede cruzar una minifalda o un pantalón apretado, estos últimos días hemos tenido una sarta de reclamos de los cuales no podemos defenderlo. Y la única que intenta cubrirlo es mi madre. Los reclamos vienen acompañados de insultos, y cuando sabe que vienen a masacrarlo, actúa como los sapos, Bundy se desatiende de la realidad, babea, se aprieta el pecho y las chicas le dejan creyendo que está muerto.

Y hay una cosa en la que todo esto me afecta: las pocas amigas que venían, ni se asoman, me quitaron la amistad; y las amigas a las que flirteaba me dejan con la palabra en la boca, con el santo de cabeza, con las ganas en la cintura. La última que vino, la bella Aromática, la encantadora, se llevó el susto de su vida. Tocó el timbre, salí a abrir, ya habíamos pactado el encuentro en mi casa, la invité a pasar, calculé que el abuelo Bundy dormía a eso de las tres de la tarde, la llevé a la cocina —territorio al que no iba en ningún momento—, le indiqué que caminara sin bulla, me excusé que mi madre detestaba el arrastre de los zapatos —en verdad, no estaba, es maestra de primaria en las tardes—, pasamos las habitaciones de mi madre, de mi hermana, el baño de visitas, y en cuanto llegamos a la puerta de Bundy, una mano

sigilosa, terrorífica, desde la silla de ruedas, salió al encuentro de Aromática, le rozó la mano, le llamó al deseo: «Ven, bonita, estoy solo». Aromática salió espantada hacia la cocina, me dejó atrás, gritaba: «¡Un monstruo, un monstruo!». Mi abuelo se levantó como un desesperado, pegó su ruindad a la pared y seguía llamándola con el brazo extendido, la mano temblorosa y la piel flácida, asegurando que quería amor, que deseaba caricias, que necesitaba amar: «Ven, estoy solo, bonita. Un ratito, un ratito». Yo era transparente para él, un fantasma en el olvido.

Tuve que convencer a Aromática que el abuelo Bundy era un viejo loco que no sabía lo que hacía, que era una actitud rara y reciente, que era un sonámbulo, que siempre se levantaba a llorar y a llamar a mi abuela. Pero Aromática me juró que no volvería a mi casa, incluso tuve que ponerme de escudo y botar al abuelo a su cuarto para despedirla. El bendito Bundy vino hasta nosotros arrimado a la pared a convencerla de que la acompañara, a seducirla, a decirle palabras bellas que al salir de su boca daban asco. Tuve que cogerlo del brazo, insistirle a jalones que se fuera. Me evitó, encasilló sus uñas sucias y largas en mi hombro, me dejó una herida infectada, y me mandó al infierno, donde el excremento es el alimento de las almas penitentes, y me obsequió el pasaje para conocer la concha de mi madre, ida y vuelta. De paso, se emputó, escupió su carácter sanguinario y me restregó las veces que me había

limpiado el culo y recordó lo abierto que estaba por las caídas de la cuna. No discutí. Sonreí para disimular el mal sabor de las humillaciones, me planté ante él, y le hice una seña a Aromática para que se fuera.

«Pobre abuelo», pensé, anteayer intenté buscarle palabra, estaba en el baño y había decidido ir a su habitación, hablar con él, hacerle entender por última vez que las cosas se volvieron desastrosas por su culpa. La gente mira mal, los amigos no me dejan juntarme en sus ruedas, no me invitan a fiestas. Apesto a inmoralidad, pese a que todos somos inmorales de cierta forma, que vivimos de apariencias, que fingimos ser normales en esta sociedad puritana que se jacta de engrandecer el valor de la tierra y la grandeza de la ciudad. Paparruchas. He llegado a un punto irreflexivo que me da lo mismo. Quise entender al abuelo, hacerle llegar mi opinión, mi punto de vista sobre la necesidad de aparentar. Entiendo que él es solo la figura maniática de la sociedad que no esconde sus miserias tras bambalinas. Mi abuelo Bundy debe ser el resultado de vivir al aire, libre, sin complejos, sin esconder los sentimientos por agresivos y ofensivos que sean. Eso quise hacer anteayer, ponerme de su lado, reflexionar, llamarle la atención con cariño, ser recíproco, como él me trataba en la niñez. Me vino un soplo de apego y caridad, me lavé las manos. Al toque, salí del baño de visitas, sonreí por la herida de guerra que me ardía en el hombro, ¡cómo quemaba!, y fui a su habitación. Estaba



entreabierta, empujé la puerta. Llevaba una sonrisa gratificante y enorme que se convirtió en repulsión. Maldigo la hora que entré. Bien dice mi madre, y la gente también: «Toca antes de entrar, no te vayan a culpar de una muerte espontánea». Mi abuelo Bundy, el loco y despiadado Bundy, estaba en placer privado, estiraba el pellejo de sus genitales y gemía y gemía y gemía. Sí podía, el condenado. ¡Diablos! No soporté la escena, no aguanté la impresión, salí de la habitación, y me reí, me reí como el niño que encuentra algo nuevo de que sostenerse para usarlo de diversión.

En la noche, quise contarle la curiosidad a mi madre, pero estas cosas son sagradas, la cucufatería nos cierra las puertas y no sé si abrir el pico para soltar un descubrimiento personal de esa magnitud. Esa noche cenamos, me ordenaron que le llevara la cena en su plato hondo de plástico. No había salido de su habitación en toda la tarde; de modo que, toqué cien veces, atemorizado, no quería otro momento de horror. Abrí la puerta, estaba sin seguro, advertí mi entrada. El abuelo Bundy no me contestó, estaba oscuro. Procedí a buscar el interruptor, cerré los ojos, no escuché ni un gemido ni agonía. Prendí el foco blanco, abrí los ojos de a poquitos. La impresión me sancó el concepto de la muerte: mi abuelo Bundy tenía los ojos abiertos, la lengua afuera, mordida, zancudos le merodeaban la palidez y sobrevolaban el orine y la caca que estaba regado en la cama; y

lo más espeluznante, empuñaba la verga rígida, en feroz estado de batalla. La vida se le había descompuesto, pero el poderío de su sexo seguía en pie, diciéndonos que sí, efectivamente necesitaba una mujer, necesitaba el cariño de alguien que entienda que hay hombres que todavía son vigorosos en la vejez.

Hoy que lo estamos velando, la escena no se me quita de la cabeza. Yo morí ese día, pues los deseos carnales se han marchado para siempre.